

capilla de San Antonio de dicho Convento de Zacatecas, Fr. Diego Valdez, zacatecano, Fr. Joseph de Arlegui, de Durango, hombre docto y erudito, autor de la Crónica que me sirve de guía en estos apuntes; Joseph de la Torre, Antonio Rizo, Manuel Mimbela y Francisco Gómez de Mendiola, obispos que fueron de Guadalajara, y otros muchos cuya lista sería extenso señalar.

Por último, fueron ornamento distinguido de la Provincia de San Francisco, dos ilustres varones, los RRev. Fr. Juan de Angulo y Fr. Joseph de Castro, quienes por sus virtudes, letras y algunas circunstancias notables, merecen capítulo aparte, por lo que en el siguiente me ocuparé de ellos.

CAPITULO XLVII.

1606.

Fr. Juan de Angulo y Fr. Joseph de Castro, distinguidos sacerdotes de la Provincia de San Francisco de Zacatecas.---Rasgos biográficos de los mismos.

Aunque algunos autores han creído que el Ven. P. Fr. Juan de Angulo, notable religioso del Convento de San Francisco de Zacatecas, era originario de las Poanas en el Estado de Durango, ó de Sombrerete según otros, el P. Arlegui nos hace saber con sólidas razones, que el citado Angulo fué español, hijo de un hermano de Juan de Angulo, también español, que vivía en Sombrerete cuando aquel mineral estuvo en opulencia en los primeros días de la conquista.

Tenía apenas veinte años el mencionado Angulo cuando se dirigió á la América, yendo á radicarse á Sombrerete el año de 1587, donde desde luego se ocupó de ayudar á su tío en el manejo de los caudales que éste tenía en aquellos lugares.

Sin embargo, pronto se fastidió el jóven Angulo en la ocupación del comercio á que el tío le había dedicado, y abandonando á éste fué á radicarse á la hacienda de Cedros, cerca de Mazapil, que entónces pertenecía á un tal Juan de Guerra.

Probablemente en ese tiempo ya estaban descubiertas las ricas minas de Cedros, pues refiere el P. Fr. Joseph de Castro, biógrafo del P. Angulo, que éste vivió allí algunos años entregado á la explotación de minas, en cuyo negocio logró hacer una opulenta fortuna.

Volvió á radicarse á Sombrerete, donde vivió algunos años ejerciendo muchas é importantes obras de beneficencia, y socorriendo con mano pródiga á multitud de gentes menesterosas.

El Convento de aquella villa se encontraba entónces en malas condiciones y amenazaba ruina, lo cual visto por D. Juan de Angulo, proporcionó luego suficientes recursos para que dicho Convento se fabricara de nuevo.

Algún tiempo después le nombraron Alcalde ordinario de la citada villa, cuyo empleo desempeñó poco tiempo, pues disgustado con las muchas molestias que le ocasionaba, lo renunció con el firme propósito de consagrarse á la vida religiosa. En efecto, algunos días después de haber sido Alcalde procedió á vender cuantos bienes tenía, y resuelto á renunciar para siempre la pompa y las ocupaciones mundanas emprendió viaje á Zacatecas, donde con sus propios recursos edificó una magnífica capilla consagrada á San Antonio de Pádua, dentro del Convento de San Francisco.

Pocos días después acudió al Provincial de dicho Convento, instándole con fervientes ruegos y lágrimas lo admitiese como lego de aquella comunidad, lo cual se le concedió el año de 1627.

Una vida continua de maceraciones, ayunos, oraciones, humildad y cristiana paciencia caracterizó el noviciado del P. Angulo, y cuando ya había tomado el hábito de franciscano, esas virtudes subieron de punto hasta el grado de que se le atribuyera un espíritu de beatitud ó santidad que le permitía ejercer algunos sorprendentes milagros, entre los cuales, según refiere el P. Arlegui, se cuentan los siguientes:

A un ciego le volvió la vista con solo untarle aceite de la lámpara.

A una niña, hija de un rico comerciante que vivía en la calle de Tacuba y que se había comido un hueso de durazno y causádose la muerte con ese accidente, le volvió la vida con solo haber hecho una oración.

Un sacerdote del mismo Convento de Zacatecas tenía una llaga cancerosa tan rebelde, que ninguna humana medicina había podido curarla, y sin embargo, cuéntase que el Venerable Angulo lo sanó enteramente, dándole á comer un racimo de uvas que sacó del manguillo del hábito, en

una estación en que esa fruta no podía producirse en estas tierras; es decir, en el mes de Febrero.

Refiérese también del P. Angulo, que siendo ya muy avanzado de edad, cuando tenía frio bajaba á la cocina del Convento y metía su báculo en el fuego, con lo cual lograba calentarse, sin que dicho báculo, que era de palo, se quemara, habiendo servido para el mismo milagro á otros sacerdotes después de que el P. Angulo murió. El mismo báculo sirvió como medicina á una parturiente para que arrojara una criatura muerta de tres días en el vientre de la misma madre.

Profetizó el descubrimiento, ó mejor dicho, la riqueza de nuevos minerales en esta ciudad, Sombrerete y Fresnillo, que entónces habían sufrido gran detrimento por la escasez de frutos ó lo exhausto de algunas minas.

Se le aparecieron varias veces muchas almas del Purgatorio pidiendo su intercesión para salir de los tormentos de aquel horrible lugar, y dícese que no pocas veces tuvo que sostener luchas personales con el Demonio, quien frecuentemente se le presentaba con el objeto de substraerlo al ejercicio de sus devotas obligaciones.

Otros muchos maravillosos casos se cuentan del Venerable Angulo, por lo cual, y particularmente por las muchas limosnas que hizo durante su vida, se le tuvo por bienaventurado ó por santo, pues más de una vez se le ofreció la oportunidad de casarse con mujeres distinguidas y ricas que lo solicitaban para esposo, y nunca quiso renunciar al estado del celibato.

Por último, cargado de fatigas y de años falleció el P. Angulo en la ciudad de Zacatecas el 6 de Diciembre de 1644, á la edad de 77 años. Lloró su muerte todo el vecindario y se le hizo sepulcro en la peana del altar de la misma capilla que había edificado en el Convento de San Francisco. Allí permaneció dos años hasta que se le colocó en una caja de hierro con llave.

El año de 1727 se le trasladó al Camarín de San Antonio, donde había mandado fabricar antes el P. Mendigutia un Panteón subterráneo para los religiosos del Convento. Depositóse el cadáver en una nueva caja construida de madera de cedro y provista de tres llaves, y como se creyera que dicho cadáver permanecía incorrupto y fragante des-

pués de ochenta y tres años de sepultado, el P. Arlegui, Provincial de Zacatecas en ese tiempo, hizo venir de México competentes facultativos para que reconocieran el cadáver del P. Angulo, los cuales declararon bajo juramento, que la circunstancia de haberse hallado incorrupto el cuerpo referido durante tantos años, era realmente sobrenatural, lo que se hizo constar en diligencias especiales que firmaron dos Notarios Apostólicos.

Poco tiempo después, habiendo llegado á oídos del Rey de España todo lo que acerca de la vida y santidad del P. Angulo se decía, previno en Cédula Real el año de 1728 que se practicaran formales averiguaciones sobre este asunto, á cuyo efecto pasó á esta ciudad el Obispo de Guadalajara D. Nicolás Gómez de Cervantes, quien en presencia de muchas personas abrió la caja que contenía el cadáver, encontrándolo todavía entero é incorrupto, según se dice.

Volvióse dicho Obispo á Guadalajara, pero como la muerte le sorprendió pocos días después, no pudo rendir la información que se le había encomendado y el asunto de la beatificación del P. Angulo quedó desde entonces olvidado ó suspenso.

No quiero meterme en la cuestión de la santidad y los milagros que se atribuyen á dicho P. Angulo, pues en esta parte no hago más que reproducir lo que la piedad ó la tradición han conservado; pero en lo que se refiere á las buenas acciones del acaudalado minero y después virtuoso sacerdote, encuentro suficientes motivos para consagrarle un recuerdo de respeto en estas líneas, porque siempre es digno de alabanza el que desprendiéndose de lo que más preocupa y halaga el corazón humano, como son el oro y las comodidades temporales, sabe tender benigna y pródiga mano al desvalido ó al indigente.

Pero debo cerrar ya la lista de los religiosos que brillaron por su piedad y por sus luces en la Provincia de Franciscanos de Zacatecas, ocupándome del no menos ilustre y respetable P. Fr. Joseph de Castro, originario de esta misma ciudad.

No existe ningún dato seguro en que apoyarme para determinar la fecha en que nació el P. Castro, y solo se sabe que cuando tenía ocho años de edad estaba en una es-

cuela en Zacatecas aprendiendo á leer por los años de 1635 á 1640.

Dotado de un carácter pacífico y religioso tomó el hábito de San Francisco en esta misma ciudad el año de 1660. Hizo sus estudios de filosofía y teología con grande empeño y aprovechamiento, pues muy pronto consiguió igualar y aun superar á muchos de sus catedráticos y compañeros.

Muy poco tiempo después de haber profesado en el Convento de esta ciudad y deseando prestar sus servicios en otra parte, se le designó el Curato de Charcas, donde vivió algunos años bien querido y respetado de todos sus feligreses.

El año de 1683 se le removió de aquel mineral para traerlo á Zacatecas, donde se le confirió el encargo de leer teología en el Convento mismo de San Francisco, cuyo encargo desempeñó con marcado talento y con aplauso de sus superiores.

Tal era la ocupación del P. Fr. Joseph de Castro cuando se celebró en Roma un Capítulo General de la Orden de San Francisco (1688), al cual tenían que concurrir todos los Prelados de la misma, y como el P. Castro era entonces un hombre docto en sagradas facultades y erudito en historia y otros ramos del saber humano, cúpole la suerte de que el Provincial de Zacatecas le designase para el alto honor de ir á representar su Provincia á la Ciudad Eterna.

Antes de partir para el Viejo Mundo recorrió algunas poblaciones de la Provincia, entre ellas Sombrerete, San Luis Potosí y Zacatecas, donde los ricos y muchas otras personas le proporcionaron recursos para su dilatado viaje, el cual emprendió desde San Luis Potosí el 1º de Abril de 1687, ¹ embarcándose poco después en Veracruz para la Habana, en donde, en compañía de los Prelados franciscanos de Michoacán, Guadalajara, San Diego, Manila y Caracas, prosiguió su camino para Roma á bordo de la nao *San Antonio*.

Durante dicho viaje visitó en España el puerto de San Lúcar, Jerez, Sevilla y su famosa Giralda, Córdoba, Toledo, Madrid, Guadalajara, Calatayud, Zaragoza, Barcelona

(1) Fr. Joseph de Castro. Viaje de América á Roma, p. 4.

y Lérica; en Francia, Perpiñan, Narbona, Montpellier y Aviñón, y atravesando los Alpes visitó á Turín, Milán, Parma, Regio, Módena, Bolonia, Imola, Faenza, Rimini, Pézaro, Ancona, Espoleto, Roma, Viterbo, Florencia, Lior-na, Génova y otras de menor importancia.

Aunque el P. Castro solo disponía de poco tiempo en cada una de esas ciudades, no perdió ocasión de visitar sus principales edificios y monumentos, pues en la obrita que nos ha dejado, intitulada *Viaje de América á Roma*, se ocupa de describir en versos fluidos y bien trovados, todas las cosas más notables que le sucedieron, y pudo ver en su larga jornada á través del Océano, España, Francia é Italia.

Hombre erudito y profundo en mitología, en historia y en antigüedades, supo aprovechar su viaje describiendo con notable gracia, oportunidad y claro talento, el aspecto de las ciudades, sus templos, sus pinturas, sus riquezas arqueológicas, sus costumbres y cuanto al vuelo pudo descubrir la mirada atenta é investigadora del citado Padre. Por tanto, su *Viaje de América á Roma* no solo es una joya literaria de reconocido mérito, sino también una pieza maestra que cual pulido espejo retrata fielmente las elevadas dotes intelectuales y el fecundo saber de nuestro insigne paisano. Escribióla durante el viaje y se dió á la estampa en España el año de 1688.

Al volver de Roma se le confió el cargo de Comisario en esta Provincia por ausencia del Provincial propietario, empleo que no cuadró á las aspiraciones del P. Castro, y por lo mismo lo renunció poco después para consagrarse al retiro dentro del Convento de la Santa Cruz de Querétaro, á cuya comunidad perteneció desde el año de 1700.

Entregado allí á la vida contemplativa, de oraciones y penitencias, vivió escribiendo la *Crónica* de los Varones más insignes de aquel Colegio, hasta que la muerte puso fin á sus días pocos años después, sin que viera terminada la referida *Crónica*.

Además del viaje referido escribió el P. Fr. Joseph de Castro otras varias obras, entre las que figuran la *Vida del Venerable P. Fr. Juan de Angulo*; *Poemas á los dolores de María Santísima*; *La Aljaba Apostólica*, obra de devoción á la Virgen, escrita en verso, y algunos sermones que también fueron impresos. En todas estas obras se descubre el

vasto talento del P. Castro y la erudición de que en las humanas y en las divinas letras estaba dotado.

Antes de morir le tocó ser uno de los fundadores del Convento de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas en compañía del P. Fr. Margil de Jesús y otros religiosos guadalupanos, como se verá al tratarse de este asunto.

CAPIULO XLVII

DESCRIPCION